

pasan. Añadióse a toda esta tempestad, otra que las aumentó todas, que fué, que parecía verdaderamente que a las cuatro partes del bosque se estaban dando a un mismo tiempo cuatro reencuentros o batallas, porque allí sonaba el duro estruendo de espantosa artillería, acullá se disparaban infinitas escopetas, cerca casi sonaban las voces de los combatientes, lejos se reiteraban los lelilies agarenos. Finalmente, las cornetas, los cuernos, las bocinas los clarines, las trompetas, los tambores, la artillería, los arcabuces, y sobre todo, el temeroso ruido de los carros, formaban todos juntos un son tan confuso y tan horrendo, que fué menester que Don Quijote se valiese de todo su corazón para sufrirle; pero el de Sancho vino a tierra, y dió con él, desmayado, en las faldas de la Duquesa, la cual le recibió en ellas, y a gran prisa mandó que le echasen agua en el rostro. Hízose así, y él volvió en su acuerdo a tiempo que ya un carro de las rechinantes ruedas llegaba a aquel puesto.

Tirábanle cuatro perezosos bueyes, todos cubiertos de paramentos negros; en cada cuerno traían atada y encendida una grande hacha de cera, y encima del carro venía hecho un asiento alto, sobrè el cual venía sentado un venerable viejo con una barba más blanca que la misma nieve, y tan luenga, que le pasaba de la cintura; su vestidura era una ropa larga de negro bocaef; que por venir el carro lleno de infinitas luces, se podía bien divisar y discernir todo lo que en él venía. Guiábanle dos feos demonios, vestidos del mismo bocaef, con tan feos rostros, que Sancho, habiéndolos visto una vez, cerró los ojos por no verlos otra.

Llegando, pues, el carro a igualar al puesto, se levantó de su alto asiento el viejo venerable, y puesto en pie, dando una gran voz, dijo: «Yo soy el sabio Lingardeo»; y pasó el carro adelante, sin hablar más palabra.

Tras éste, pasó otro carro de la misma manera, con otro viejo entronizado, el cual, haciendo que el carro se detuviese, con voz no menos grave que el otro, dijo: «Yo soy el sabio Alquife, el grande amigo de Urganda la Desconocida»; y pasó adelante.

Luego por el mismo continente llegó otro carro; pero el que venía sentado en el trono no era viejo como los demás, sino hombrón robusto y de mala catadura, el cual, al llegar, levantándose en pie, como los otros, dijo con voz más ronca y más endiablada: «Yo soy Arcalaús, el encantador, enemigo mortal de Amadís de Gaula y de toda su parentela»; y pasó adelante. Poco desviados de allí hicieron alto estos tres carros, y cesó el enfadoso ruido de sus ruedas, y luego no se oyó otro ruido, sino un son de una suave y concertada música formado, con que Sancho

se alegró y lo tuvo a buena señal; y así, dijo a la Duquesa, de quien un punto ni un paso se apartaba:

—Señora, donde hay música no puede haber cosa mala.

—Tampoco donde hay luces y claridad—respondió la Duquesa.

A lo que replicó Sancho:

—Luz da el fuego, y claridad las hogueras, como lo vemos en las que nos cercan, y bien podría ser que nos abrasasen; pero la música siempre es indicio de regocijos y de fiestas.

—Ello dirá—dijo Don Quijote, que todo lo escuchaba; y dijo bien, como se muestra en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXXV

*Donde se prosigue la noticia
que tuvo Don Quijote del desencanto de Dulcinea,
con otros admirables sucesos.*

Al compás de la agradable música, vieron que hacia ellos venía un carro de los que llaman triunfales, tirado de seis mulas pardas, encubiertas, empero de lienzo blanco, y sobre cada una venía un diciplinante de luz, asimismo vestido de blanco, con una hacha de cera grande encendida en la mano. Era el carro dos veces, y aun tres, mayor que los pasados, y los lados y frente dél ocupaban otros doce diciplinantes, albos como la nieve, todos con sus hachas encendidas, vista que admiraba y espantaba juntamente; y en un levantado trono venía sentada una ninfa, vestida de mil velos de tela de plata, brillando por todos ellos infinitas hojas de argentería de oro, que la hacían, si no rica, a lo menos vistosamente vestida; traía el rostro cubierto con un transparente y delicado cendal, de modo que, sin impedirlo sus lizos, por entre ellos se descubría un hermosísimo rostro de doncella, y las muchas luces daban lugar para distinguir la belleza y los años, que al parecer no llegaban a veinte ni bajaban de diez y siete; junto a ella venía una figura vestida de una ropa de las que llaman rozagantes, hasta los pies, cubierta la cabeza con un velo negro; pero al punto que llegó el carro a estar frente a frente de los Duques y de Don Quijote, cesó la música de las chirimías, y luego la de las arpas y laúdes que en el carro sonaban, y levantándose en pie la figura de la ropa, la apartó a entrambos lados, y quitándose el velo del rostro, descubrió patentemente ser la misma figura

de la Muerte, descarnada y fea; de que Don Quijote recibió pesadumbre, y Sancho miedo, y los Duques hicieron algún sentimiento temeroso. Alzada y puesta en pie esta muerte viva, con voz algo dormida y con lengua no muy despierta comenzó a decir desta manera:

—Yo soy Merlín (aquel que las historias dicen que tuve por mi padre al diablo, mentira autorizada de los tiempos), príncipe de la mágica, y monarca y archivo de la ciencia zoroástrica, émulo a las edades y a los siglos, que solapar pretenden las hazañas de los andantes bravos caballeros, a quien yo tuve y tengo gran cariño. Y puesto que es de los encantadores, de los magos, o mágicos, contino dura la condición, áspera y fuerte, la mía es tierna, blanda y amorosa, y amiga de hacer bien a todas gentes.

En las cavernas lóbregas de Dite, donde estaba mi alma entretenida en formar ciertos rombos y caracteres, llegó la voz doliente de la bella y sin par Dulcinea del Toboso. Supe su encantamiento y su desgracia, y su transformación de gentil dama en rústica aldenaa: condolíme; y encerrando mi espíritu en el hueco desta espantosa y fiera notomía, después de haber revuelto cien mil libros desta mi ciencia endemoniada y torpe, vengo a dar el remedio que conviene a tamaño dolor, a mal tamaño.

¡Oh, tú, gloria y honor de cuantos visten las túnicas de acero y de diamante, luz y farol, sendero, norte y guía de aquellos que dejando el torpe sueño y las ociosas plumas, se acomedan a usar el ejercicio intolerable de las sangrientas y pesadas armas! A ti digo, ¡oh, varón, como se debe, por jamás alabado, a ti, valiente juntamente y discreto Don Quijote, de la Mancha esplendor, de España estrella!

Que para recobrar su estado primo la sin par Dulcinea del Toboso, es menester que Sancho, tu escudero, se dé tres mil azotes y treientos en ambas sus valientes posaderas, al aire descubiertas, y de modo que le escuezan, le amarguen y le enfaden, y en estos se resuelven todos cuantos de su desgracia han sido los autores, y a esto es mi venida, mis señores.

—¡Voto a tall!—dijo a esta sazón Sancho—No digo yo tres mil azotes, pero así me daré yo tres, como tres puñaladas. ¡Válate el diablo por modo de desencantar! Yo no sé que tienen que ver mis posas con los encantos. Par Dios, que si el señor Merlín no ha hallado otra manera cómo desencantar a la señora Dulcinea del Toboso, encantada se podrá ir a la sepultura.

—Tomaros he yo—dijo Don Quijote—, don villano, harto de ajos, y amarraros he a un árbol; y no digo yo tres mil y treientos, sino seis mil y seiscientos azotes os daré, tan bien pegados, que no se os caigan a tres mil y treientos tirones; y no me repliquéis palabra, que os arrancaré el alma.

—Oyendo lo cual Merlín, dijo:

—No ha de ser así, porque los azotes que ha de recibir el buen Sanchico han de ser por su voluntad, y no por fuerza, y en el tiempo que él quisiere, que no se le pone término señalado; pero permítesele que si él quisiere redimir su vejación por la mitad deste vapulamiento, puede dejar que se los dé ajena mano, aunque sea algo pesada.

—Ni ajena ni propia, ni pesada ni por pesar—replicó Sancho—; a mí no me ha de tocar alguna mano. ¿Parí yo por ventura a la señora Dulcinea del Toboso, para que paguen mis posas lo que pecaron sus ojos? El señor mi amo sí, que es parte suya, pues la llama a cada paso «mi vida, mi a sustento y arrimo suyo, se puede y debe azotar por ella, y hacer todas las diligencias necesarias para su desencanto; pero ¿azotarme yo? Abernuncio.

Apenas acabó de decir esto Sancho, cuando levantándose en pie la argentada ninfa, que junto al espíritu de Merlín venía, quitándose el sutil velo del rostro, le descubrió tal que a todos pareció más que demasadamente hermoso, y con un desenfado varonil, y con una voz no muy adasmada, hablando derechamente con Sancho Panza dijo:

—¡Oh malaventurado escudero, alma de cántaro, corazón de alcor-

noque, de entrañas guijeñas y apedernaladas! Si te mandaran, ladrón, desuellacaras, que te arrojaras de una alta torre al suelo; si te pidieran, enemigo del género humano, que te comieras una docena de sapos, dos de lagartos y tres de culebras; si te persuadieran a que mataras a tu mujer y a tus hijos con algún truculento y agudo alfanje, no fuera maravilla que te mostraras melindroso y esquivo; pero hacer caso de tres mil y trecientos azotes, que no hay niño de la doctrina, por ruin que sea, que no se los lleve cada mes, admira, adarva, espanta a todas las entrañas piadosas de los que lo escuchan, y aun las de todos aquellos que lo vinieren a saber con el discurso del tiempo. Pon, ¡oh, miserable y endurecido animal!, pon, digo, esos tus ojos de mochuelo espantadizo en las niñas destos míos, comparados a rutilantes estrellas, y verás los llorar hilo a hilo y madeja a madeja, haciendo surcos, carreras y sendas por los hermosos campos de mis mejillas. Muévate, socarrón, y mal intencionado monstro, que la edad tan florida mía (que aún se está todavía en el diez y de los años, pues tengo diez y nueve, y no llego a veinte) se consume y marchita debajo de la corteza de una rústica labradora; y si ahora no lo parezco, es merced particular que me ha hecho el señor Merlín, que está presente, sólo porque te eternezca mi belleza; que las lágrimas de una afligida hermosa vuelven en algodón los riscos, y los tigres en ovejas. Date, date en esas carnazas, bestión indómito, y saca de harón ese brío, que a sólo comer y más comer te inclina, y pon en libertad la lisura de mis carnes, la mansedumbre de mi condición y la belleza de mi faz; y si por mí no quieres ablandarte ni reducirte a algún razonable término, hazlo por ese pobre caballero, que a tu lado tienes; por tu amo, digo, de quien estoy viendo el alma, que la tiene atravesada en la garganta, no diez dedos de los labios, que no espera sino tu rígida o blanda respuesta, o para salirse por la boca, o para volverse al estómago.

Tentóse, oyendo esto, la garganta Don Quijote, y dijo, volviéndose al Duque:

—Por Dios, señor, que Dulcinea ha dicho la verdad; que aquí tengo el alma atravesada en la garganta como una nuez de ballesta.

—¿Qué decís vos a esto, Sancho?—preguntó la Duquesa.

—Digo, señora—respondió Sancho—, lo que tengo dicho; que de los azotes, abrenuncio.

—Abrenuncio, habéis de decir, Sancho, y no como decís—dijo el Duque.

—Déjeme vuestra grandeza—respondió Sancho—; que no estoy agora para mirar en sotilezas ni en letras más o menos; porque me tienen tan turbado estos azotes que me han de dar o me tengo de dar, que no sé

lo que me digo ni lo que me hago. Pero quería yo saber de la señora, mi señora doña Dulcinea del Toboso, adónde aprendió el modo de rogar que tiene; viene a pedirme que me abra las carnes a azotes, y llámame alma de cántaro y bestión indómito, con una tiramira de malos nombres, que el diablo los sufra. Por ventura, ¿son mis carnes de bronce? O ¿vame a mí algo en que se desencante o no? ¿Qué canasta de ropa blanca, de camisas, de tocadores y de escarpines, aunque no los gasto, trae delante de sí para ablandarme, sino un vituperio y otro, sabiendo aquel refrán que dicen por ahí, que un asno cargado de oro sube ligero por una montaña, y que dádivas quebrantan peñas, y a Dios rogando y con el mazo dando, y que más vale un toma que dos te daré? Pues el señor, mi amo, que había de traerme la mano por el cerro y halagarme, para que yo me hiciese de lana y de algodón cardado, dice que si me coge, ¡me amarrará desnudo a un árbol, y me doblará la parada de los azotes! Y habían de considerar estos lastimados señores que no solamente piden que se azote un escudero, sino un gobernador; como quien dice: «bebe con guindas». Aprendan, aprendan, mucho de enhoramala, a saber rogar y a saber pedir, y a tener crianza; que no son todos los tiempos unos, ni están los hombres siempre de tan buen humor. Estoy yo ahora reventando de pena por ver mi sayo verde roto, y vienen a pedirme que me azote de mi voluntad, estando ella tan ajena dello como yo de volverme cacique!

—Pues en verdad, amigo Sancho—dijo el Duque—, que si no os ablandáis más que una breva madura, que no habéis de empuñar el gobierno. ¡Bueno sería que yo enviase a mis insulanos un gobernador cruel, de entrañas pedernalinas, que no se doblega a las lágrimas de las afligidas doncellas ni a los ruegos de discretos, imperiosos y antiguos encantadores y sabios! En resolución, Sancho, o vos habéis de ser azotado por vos, o os han de azotar, o no habéis de ser gobernador.

—Señor—respondió Sancho—, ¿no se me darían dos días de término para pensar lo que me está mejor?

—No, en ninguna manera—dijo Merlín—; aquí, en este instante y en este lugar, ha de quedar asentado lo que ha de ser deste nogocio. O Dulcinea volverá a la cueva de Montesinos y a su rústico estado de labradora, o ya, en el ser que está, será llevada a los elíseos campos, donde estará esperando se cumpla el número del vápulo.

—Ea, buen Sancho—dijo la Duquesa—, buen ánimo, y buena correspondencia al pan que habéis comido del señor Don Quijote, a quien todos debemos servir y agradar por su buena condición y por sus altas caballerías. Dad el sí, hijo, desta azotaina, y váyase el diablo para diablo

y el temor para mezquino; que un buen corazón quebranta mala ventura, como vos bien sabéis.

A estas razones respondió con estas disparatadas Sancho, que hablando con Merlín le preguntó:

—Dígame vuesa merced, señor Merlín, cuando llegó aquí el diablo correo, dió a mi amo un recado del señor Montesinos, mandándole de su parte que le esperase aquí, porque venía a dar orden de que la señora Dulcinea del Toboso se desencantase: y, hasta agora, ¿hemos visto a Montesinos ni a sus semejanzas?

A lo cual respondió Merlín:

—El diablo, amigo Sancho, es un ignorante y un grandísimo bellaco; yo le envié en busca de vuestro amo; pero no con recado de Montesinos, sino mío; porque Montesinos se está en su cueva atendiendo, o por mejor decir, esperando, su desencanto, que aún le falta la cola por desollar: si os debe algo, o tenéis alguna cosa que negociar con él, yo os lo traeré y pondré donde vos más quisiéredes; y por agora, acabad de dar el sí desta disciplina; y creedme, que os será de mucho provecho, así para el alma como para el cuerpo: para el alma, por la caridad con que la haréis; para el cuerpo, porque yo sé que sois de complexión sanguínea, y no os podrá hacer daño sacaros un poco de sangre.

—Muchos médicos hay en el mundo, hasta los encantadores son médicos—replicó Sancho—; pero, pues todos me lo dicen, aunque yo no me lo veo, digo que soy contento de darme los tres mil y trecientos azotes; con condición que me los tengo de dar cada y cuando que yo quisiere, sin que se me ponga tasa en los días ni en el tiempo; y yo procuraré salir de la deuda lo más presto que sea posible, porque goce el mundo de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso; pues, según parece, al revés de lo que yo pensaba, en efecto es hermosa. Ha de ser también condición, que no he de estar obligado a sacarme sangre con la disciplina, y que si algunos azotes fueren de mosqueo, se me han de tomar en cuenta. Item, que si me errare en el número, el señor Merlín, pues lo sabe todo, ha de tener cuidado de contarlos, y de avisarme los que me faltan o los que me sobran.

—De las sobras no habrá que avisar—respondió Merlín—, porque llegando al cabal número, luego quedará de improviso desencantada la señora Dulcinea; y vendrá a buscar, como agradecida, al buen Sancho, y a darle gracias y aun premios por la buena obra. Así que, no hay de qué tener escrúpulo de las sobras ni de las faltas, ni el cielo permita que yo engañe a nadie, aunque sea en un pelo de la cabeza.

—Ea, pues, a la mano de Dios—dijo Sancho—; yo consiento en mi mala ventura... digo que yo acepto la penitencia, con las condiciones apuntadas.

Apenas dijo estas últimas palabras Sancho, cuando volvió a sonar la música de las chirimías, y se volvieron a disparar infinitos arcabuces, y Don Quijote se colgó del cuello de Sancho, dándole mil besos en la frente y en las mejillas. La Duquesa y el Duque y todos los circustantes dieron muestras de haber recibido grandísimo contento, y el carro comenzó a caminar; y al pasar la hermosa Dulcinea, inclinó la cabeza a los Duques, y hizo una gran reverencia a Sancho...

Y ya en esto se venía a más andar el alba, alegre y risueña; las florecillas de los campos descollaban y se erguían, y los líquidos cristales de los arroyuelos, murmurando por entre blancas y pardas guijas, iban a dar tributo a los ríos, que los esperaban. La tierra alegre, el cielo claro, el aire limpio, la luz serena, cada uno por sí y todos juntos daban manifestas señales que el día, que al aurora venía pisando las faldas, había de ser sereno y claro. Y satisfechos los Duques de la caza, y de haber conseguido su intención tan discreta y felicemente, se volvieron a su castillo con propuesto de secundar en sus burlas; que para ellos no había veras que más gusto les diesen.

CAPÍTULO XXXVI

Donde se cuenta la extraña y jamás imaginada aventura de la Dueña Dolorida, alias la Condesa Trifaldi, con una carta que Sancho Panza escribió a su mujer, Teresa Panza.

Tenía un mayordomo el Duque de muy burlesco y desenfadado ingenio, el cual hizo la figura de Merlín y acomodó todo el aparato de la aventura pasada, compuso los versos, y hizo que un paje hiciese a Dulcinea. Finalmente, con intervención de sus señores, ordenó otra del más gracioso y extraño artificio que puede imaginarse.

Preguntó la Duquesa a Sancho otro día si había comenzado la tarea de la penitencia que había de hacer por el desencanto de Dulcinea.

Dijo que sí, y que aquella noche se había dado cinco azotes.

Preguntóle la Duquesa que con qué se los había dado.

Respondió que con la mano.

—Eso—replicó la Duquesa—, más es darse de palmadas que de azotes;

yo tengo para mí que el sabio Merlín no estará contento con tanta blandura. Menester será que el buen Sancho haga alguna disciplina de abrojo o de las de canelones, que se dejen sentir, porque la letra con sangre entra, y no se ha de dar tan barata la libertad de una tan gran señora, como lo es Dulcinea, por tan poco precio.

A lo que respondió Sancho:

—Déme vuestra señoría alguna disciplina o ramal conveniente, que yo me daré con él, como no me duela demasiado, porque hago saber a vuestra merced, que aunque soy rústico, mis carnes tienen más de algodón que de esparto, y no será bien que yo me descrie por el provecho ajeno.

—Sea en buena hora—respondió la Duquesa—; yo os daré mañana una disciplina que os venga muy al justo, y se acomode con la ternura de vuestras carnes, como si fueran sus hermanas propias.

A lo que dijo Sancho:

—Sepa vuestra alteza, señora mía de mi ánima, que yo tengo escrita una carta a mi mujer Teresa Panza, dándole cuenta de todo lo que me ha sucedido después que me aparté della: aquí la tengo en el seno, que no le falta más de ponerle el sobrescrito; querría que vuestra discreción la leyese, porque me parece que va conforme a lo de gobernador; digo, al modo que deben de escribir los gobernadores.

—Y ¿quién la notó?—preguntó la Duquesa.

—¿Quién la había de notar sino yo? ¡pecador de mí!—respondió Sancho.

—Y ¿escribísteisla vos?—dijo la Duquesa.

—Ni por pienso—respondió Sancho—; porque yo no sé leer ni escribir, puesto que sé firmar.

—Veámosla—dijo la Duquesa—; que a buen seguro que vos mostréis en ella la calidad y suficiencia de vuestro ingenio.

Sacó Sancho una carta abierta del seno, y tomándola la Duquesa, vio que decía desta manera:

CARTA DE SANCHO PANZA A TERESA PANZA, SU MUJER

«Si buenos azotes me daban, bien caballero me iba; si buen gobierno me tengo, buenos azotes me cuesta. Esto no lo entenderás tú, Teresa mía, por ahora; otra vez lo sabrás. Has de saber, Teresa, que tengo determinado que andes en coche, que es lo que hace al caso, porque todo otro andar es andar a gatas. Mujer de un gobernador eres; mira si te roerá nadie los zancajos. Ahí te envío un vestido verde de cazador, que me dió mi señora la Duquesa; acómódale de modo que sirva de saya y cuerpos a nuestra

hija. Don Quijote, mi amo, según he oído decir en esta tierra, es un loco cuerdo y un mentecato gracioso, y que yo no le voy en zaga. Hemos estado en la cueva de Montesinos, y el sabio Merlín ha echado mano de mí para el desencanto de Dulcinea del Toboso, que por allá se llama Aldonza Lorenzo. Con tres mil y trescientos azotes, menos cinco, que me he de dar, quedará desencantada. No dirás desto nada a nadie, porque, pon lo tuyo en concejo, y unos dirán que es blanco y otros que es negro. De aquí a pocos días me partiré al gobierno, adonde voy con grandísimo deseo de hacer dineros, porque me han dicho que todos los gobernadores nuevos van con este mismo deseo; tomaré el pulso, y avisaréte si has de venir a estar conmigo, o no. El Rucio está bueno y se te encomienda mucho, y no le pienso dejar, aunque me llevarán a ser gran turco. La Duquesa, mi señora, te besa mil veces las manos; vuélvele el retorno con dos mil; que no hay cosa que menos cueste ni valga más barata, según dice mi amo, que los buenos comedimientos. No ha sido Dios servido de depararme otra maleta con otros cien escudos como la de marras; per no te dé pena, Teresa mía; que en salvo está el que repica, y todo saldrá en la colada del gobierno; sino que me ha dado gran pena que me dicen que si una vez le prubo, que me tengo de comer las manos tras él; y si así fuese, no me costaría muy barato; aunque los estropeados y mancos ya se tienen su calongia en la limosna que piden; así que, por una vía o por otra, tú has de ser rica y de buena ventura. Dios te la dé, como puede, y a mí me guarde para servirte. Deste castillo, a 20 de Julio de 1614.

Tu marido, el Gobernador,
Sancho Panza.»

En acabando la Duquesa de leer la carta, dijo a Sancho:

—En dos cosas anda un poco descaminado el buen Gobernador: la una, en decir o dar a entender que este gobierno se le han dado por los azotes que se ha de dar, sabiendo él (que no lo puede negar) que cuando el Duque, mi señor, se le prometió, no se soñaba haber azotes en el mundo; la otra es que se muestra en ella muy codicioso; y no querría que orégano fuese; porque la codicia rompe el saco, y el gobernador codicioso hace la justicia desgobernada.

—Yo no lo digo por tanto, señora—respondió Sancho—; y si a vuesa merced le parece que la tal carta no va como ha de ir, no hay sino rasgarla y hacer otra nueva; y podría ser que fuese peor, si me lo dejan a mi caletre.

—No, no—replicó la Duquesa—; buena está ésta, y quiero que el Duque la vea.

Con esto se fueron a un jardín donde habían de comer aquel día. Mostró la Duquesa la carta de Sancho al Duque, de que recibió grandísimo contento. Comieron, y después de alzados los manteles, y después de haberse entretenido un buen espacio con la sabrosa conversación de Sancho, a deshora se oyó el son tristísimo de un pífaro y el de unos roncós y destemplados tambores. Todos mostraron alborotarse con la confusa, marcial y triste armonía, especialmente Don Quijote, que no cabía en su asiento, de puro alborotado; de Sancho no hay que decir, sino que el miedo le llevó a su acostumbrado refugio, que era el lado o faldas de la Duquesa, porque real y verdaderamente el son que se escuchaba era tristísimo y malencólico. Y estando todos así suspensos, vieron entrar por el jardín adelante dos hombres vestidos de luto, tan luengo y tendido, que les arrastraba por el suelo; éstos venían tocando dos grandes tambores, asimismo cubiertos de negro. A su lado venía el pífaro, negro y pizmiento como los demás. Seguía a los tres un personaje de cuerpo agigantado, amantado, no que vestido, con una negrísima loba, cuya falda era asimismo desafortada de grande. Por encima de la loba le ceñía y atravesaba un ancho tahalí, también negro, de quien pendía un desmesurado alfanje, de guarniciones y vaina negra. Venía cubierto el rostro con un transparente velo negro, por quien se entreparecía una longísima barba, blanca como la nieve. Movía el paso al son de los tambores, con mucha gravedad y reposo. En fin, su grandeza, su contoneo, su negrura y su acompañamiento pudiera y pudo suspender a todos aquellos que sin conocerle le miraron.

Llegó, pues, con el espacio y prosopopeya referida, a hincarse de rodillas ante el Duque, que en pie, con los demás que allí estaban, le atendía. Pero el Duque en ninguna manera le consintió hablar hasta que se levantase. Hizolo así el espantajo prodigioso, y puesto en pie, alzó el antifaz del rostro, y hizo patente la más horrenda, la más larga, la más blanca y más poblada barba que hasta entonces humanos ojos habían visto; y luego desencajó y arrancó del ancho y dilatado pecho una voz grave y sonora; y poniendo los ojos en el Duque, dijo:—Altísimo y poderoso señor: a mí me llaman Trifaldín, el de la barba blanca; soy escudero de la Condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la Dueña Dolorida, de parte de la cual traigo a vuestra grandeza una embajada, y es, que la vuestra magnificencia sea servida de darla facultad y licencia para entrar a decirle su cuita, que es una de las más nuevas y más admirables que el más cuitado pensamiento del orbe pueda haber pensado; y primero quiere saber si está en este vuestro castillo el valeroso y jamás vencido caballero Don Quijote de la Mancha, en cuya busca viene a pie y sin desayunarse desde el reino de Candaya

hasta este vuestro estado; cosa que se puede y debe tener a milagro o a fuerza de encantamento: ella queda a la puerta desta fortaleza o casa de campo, y no aguarda para entrar sino vuestro beneplácito. Dije.

Y tosió luego, y manoseóse la barba de arriba abajo con entrambas manos, y con mucho sosiego estuvo atendiendo la respuesta del Duque, que fué:

—Ya, buen escudero, Trifaldín de la blanca barba, ha muchos días que tenemos noticia de la desgracia de mi señora la Condesa Trifaldi, a quien los encantadores la hacen llamar la Dueña Dolorida. Bien podéis, estupendo escudero, decirle que entre, y que aquí está el valiente caballero Don Quijote de la Mancha, de cuya condición generosa puede prometerse con seguridad todo amparo y toda ayuda; y asimismo le podréis decir de mi parte que si mi favor le fuere necesario, no le ha de faltar, pues ya me tiene obligado a dársele el ser caballero, a quien es anejo y concerniente favorecer a toda suerte de mujeres, en especial a las dueñas viudas, menoscabadas y doloridas, cual lo debe estar su señoría.

Oyendo lo cual Trifaldín, inclinó la rodilla hasta el suelo, y haciendo al pífaro y tambores señal que tocasen, al mismo son y al mismo paso que había entrado se volvió a salir del jardín, dejando a todos admirados de su presencia y compostura. Y volviéndose el Duque a Don Quijote, le dijo:

—En fin, famoso caballero, no pueden las tinieblas de la malicia ni de la ignorancia encubrir y escurecer la luz del valor y de la virtud. Digo esto, porque apenas ha seis días que la vuestra bondad está en este castillo, cuando ya os vienen a buscar de lueños y apartadas tierras, y no en carrozas ni en dromedarios, sino a pie y en ayunas, los tristes, los afligidos, confiados que han de hallar en ese fortísimo brazo el remedio de sus cuitas y trabajos, merced a vuestras grandes hazañas, que corren y rodean todo lo descubierto de la tierra.

—Quisiera yo, señor Duque—respondió Don Quijote—, que estuviera aquí presente aquel bendito religioso, que a la mesa el otro día mostró tener tan mal talante y tan mala ojeriza contra los caballeros andantes, para que viera por vista de ojos si los tales caballeros son necesarios en el mundo; tocara, por lo menos con la mano, que los extraordinariamente afligidos y desconsolados, en casos grandes y en desdichas inormes no van a buscar su remedio a las casas de los letrados, ni a las de los sacristanes de las aldeas, ni al caballero que nunca ha acertado a salir de los términos de su lugar, ni al perezoso cortesano, que antes busca nuevas para referirlas y contarlas, que procura hacer obras y hazañas para que otros las cuenten y las escriban. El remedio de las cuitas, el socorro de las necesidades, el

amparo de las doncellas, el consuelo de las viudas, en ninguna suerte de personas se halla mejor que en los caballeros andantes; y de serlo yo doy infinitas gracias al cielo, y doy por muy bien empleado cualquier desmán y trabajo que en este tan honroso ejercicio pueda sucederme. Venga esta dueña y pida lo que quisiere; que yo le libraré su remedio en la fuerza de mi brazo y en la intrépida resolución de mi animoso espíritu.

CAPÍTULO XXXVIII

*Donde se cuenta la que dió de su mala andanza
la Dueña Dolorida.*

Comenzaron a entrar por el jardín adelante hasta cantidad de doce dueñas, repartidas en dos hileras, todas vestidas de unos monjiles anchos, al parecer, de anascote batanado, con unas tocas blancas de delgado canequí, tan luengas, que sólo el ribete del monjil descubrían. Tras ellas venía la Condesa Trifaldi, a quien traía de la mano el escudero Trifaldín de la blanca barba, vestida de finísima y negra bayeta por frisar, que, a venir frisada, descubriera cada grano del grandor de un garbanzo de los buenos de Martos; la cola o falda, o como llamarla quisieren, era de tres puntas, las cuales se sustentaban en las manos de tres pajes, asimismo vestidos de luto, haciendo una vistosa y matemática figura con aquellos tres ángulos acutos que las tres puntas formaban; por lo cual cayeron todos los que la falda puntiaguda miraron, que por ella se debía llamar la *Condesa Trifaldi*, como si dijésemos la *Condesa de las Tres Faldas*; y así dice Benengeli que fué verdad, y que de su propio apellido se llamó la *Condesa Lobuna*, a causa que se criaban en su condado muchos lobos; y que si, como eran lobos, fueran zorras, la llamaran la *Condesa Zorruna*, por ser costumbre en aquellas partes tomar los señores la denominación de sus nombres de la cosa o cosas en que más sus estados abundan; empero esta Condesa, por favorecer la novedad de su falda, dejó el *Lobuna* y tomó el *Trifaldi*.

Venían las doce dueñas y la señora a paso de procesión, cubiertos los rostros con unos velos negros, y no transparentes como el de Trifaldín, sino tan apretados, que ninguna cosa se traslucía. Así como acabó de parecer el dueñesco escuadrón, el Duque la Duquesa y Don Quijote se pusieron en pie, y todos aquellos que la espaciosa procesión miraban. Pararon las

doce dueñas, y hicieron calle, por medio de la cual la Dolorida se adelantó, sin dejarla de la mano Trifaldín. Viendo lo cual, el Duque, la Duquesa y Don Quijote, se adelantaron obra de doce pasos a recibirla.

Ella, puestas las rodillas en el suelo, con voz antes basta y ronca que sutil y delicada, dijo:

—Vuestras grandezas sean servidas de no hacer tanta cortesía a este su criado... digo a esta su criada... porque, según soy de dolorida, no acertaré a responder a lo que debo, a causa que mi extraña y jamás vista desdicha me ha llevado el entendimiento no sé adónde; y debe de ser muy lejos, pues cuando más le busco, menos le hallo.

—Sin él estaría—respondió el Duque—, señora Condesa, el que no descubriese por vuestra persona vuestro valor; el cual, sin más ver, es merecedor de toda la nata de la cortesía y de toda la flor de las bien criadas ceremonias.

Y levantándola de la mano, la llevó a asentar en una silla junto a la Duquesa, la cual la recibió asimismo con mucho comedimiento, Don Quijote callaba, y Sancho andaba muerto por ver el rostro de la Trifaldi y de alguna de sus muchas dueñas; pero no fué posible, hasta que ellas de su grado y voluntad se descubrieron.

Sosegados todos y puestos en silencio, estaban esperando quién le había de romper, y fué la Dueña Dolorida con estas palabras:

—Confianza estoy, señor poderosísimo, hemosisima señora y discretísimos circunstantes, que ha de hallar mi cuitísima en vuestros valerosísimos pechos acogimiento, no menos plácido que generoso y doloroso; porque ella es tal, que es bastante a enternecer los mármoles y a ablandar los diamantes, y a molificar los aceros de los más endurecidos corazones del mundo; pero antes que salga a la plaza de vuestros oídos, por no decir orejas, quisiera que me hicieran sabidora si está en este gremio, corro y compañía, el acendradísimo caballero Don Quijote de la Manchísima y su escuderísimo Panza.

—El Panza—antes que otro respondiese, dijo Sancho—, aquí está, y el Don Quijotísimo asimismo; y así, podréis, dolorosísima dueñísima, decir lo que quisieredísimis; que todos estamos prontos y aparejadísimos a ser vuestros servidorísimos.

En esto se levantó Don Quijote, y encaminando sus razones a la Dolorida Dueña, dijo: «Si vuestras cuitas, angustiada señora, se pueden prometer alguna esperanza de remedio por algún valor o fuerzas de algún andante caballero, aquí están las mías, que, aunque flacas y breves, todas se emplearán en vuestro servicio. Yo soy Don Quijote de la Mancha, cuyo

asunto es acudir a toda suerte de menesterosos; y siendo esto así, como lo es, no habéis menester, señora, captar benevolencias ni buscar preámbulos, sino, a la llana y sin rodeos, decir vuestros males; que oídos os escuchan, que sabrán, si no remediarlos, dolerse dellos.

Oyendo lo cual la Dolorida Dueña, hizo señal de querer arrojarse a los pies de Don Quijote, y aun se arrojó, y pugnando por abrazárselos, decía:

—Ante estos pies y piernas me arrojó, ¡oh, caballero invicto!, por ser los que son basas y colunas de la andante caballería. Estos pies quiero besar, de cuyos pasos pende y cuelga todo el remedio de mi desgracia, ¡oh, valeroso andante, cuyas verdaderas fazañas dejan atrás y escurecen las fabulosas de los Amadises, Espladianes y Belianises!

Y dejando a Don Quijote, se volvió a Sancho Panza, y asiéndole de las manos, le dijo:

—¡Oh, tú, el más leal escudero que jamás sirvió a caballero andante en los presentes ni en los pasados siglos, más luengo en bondad que la barba de Trifaldín, mi acompañador, que está presente! Bien puedes preciarte que en servir al gran Don Quijote sirves en cifra a toda la caterva de caballeros que han tratado las armas en el mundo. Conjúrote, por lo que debes a tu bondad fidelísima, me seas buen intercesor con tu dueña, para que luego favorezca a esta humildísima y desdichadísima condesa.

A lo que respondió Sancho:

—De que sea mi bondad, señora mía, tan larga y grande como la barba de vuestro escudero, a mí me hace muy poco al caso: barbada y con bigotes tenga yo mi alma cuando desta vida vaya, que es lo que importa; que, de las barbas de acá, poco o nada me curo; pero sin esas socaliñas ni plegarias, yo rogaré a mi amo (que sé que me quiere bien, y más agora, que me ha menester para cierto negocio) que favorezca y ayude a vuesa merced en todo lo que pudiere: vuesa merced desembaúle su cuita y cuéntenosla, y deje hacer, que todos nos entenderemos.

Reventaban de risa con estas cosas los Duques, como aquellos que habían tomado el pulso a la tal aventura, y alababan entre sí la agudeza y disimulación de la Trifaldi, la cual, volviéndose a sentar, dijo:

—Del famoso reino de Candaya, que cae entre la gran Trapobana y el mar del Sur, dos leguas más allá del cabo Comorín, fué señora la reina doña Maguncia, viuda del rey Archipiela, su señor y marido, de cuyo matrimonio tuvieron y procrearon a la infanta Antonomasia, heredera del reino; la cual infanta Antonomasia se crió y creció debajo de mi tutela y doctrina, por ser yo la más antigua y la más principal dueña de su madre. Sucedió, pues, que yendo días y viniendo días, la niña Antonomasia llegó

a edad de catorce años, con tan gran perfección de hermosura, que no la pudo subir más de punto la naturaleza. Pues ¡digamos agora que la discreción era mocosa! Así era discreta como bella, y era la más bella del mundo; y lo es, si ya los hados envidiosos y las Parcas endurecidas no la han cortado la estambre de la vida. Pero no habrán; que no han de permitir los cielos que se haga tanto mal a la tierra, como sería llevarse en agraz el racimo del más hermoso veduño del suelo. Desta hermosura, no como se debe encarecida de mi torpe lengua, se enamoró un número infinito de príncipes, así naturales como extranjeros, entre los cuales osó levantar los pensamientos al cielo de tanta belleza un caballero particular, que en la Corte estaba, confiado en su mocedad y en su bizarria, y en sus muchas habilidades y gracias, y facilidad de ingenio; porque hago saber a vuestras grandezas, si no lo tienen por enojo, que tocaba una guitarra que la hacía hablar, y más que era poeta y gran bailarín, y sabía hacer una jaula de pájaros, que solamente a hacerlas pudiera ganar la vida cuando se viera en extrema necesidad. Solamente hubo un daño en este negocio, que fué el de la desigualdad, por ser don Clavijo un caballero particular, y la infanta Antonomasia heredera, como ya he dicho del reino.

CAPÍTULO XXXIX

Donde la Trifaldi prosigue su estupenda y memorable historia.

La Dolorida prosiguió diciendo:

—En fin, al cabo de muchas demandas y respuestas, el Vicario sentenció en favor de don Clavijo, y se la entregó por su legítima esposa; de lo que recibió tanto enojo la reina doña Maguncia, madre de la infanta Antonomasia, que dentro de tres días la enterramos.

—Debió de morir sin duda—dijo Sancho.

—Claro está—respondió Trifaldín—; que en Candaya no se entierran las personas vivas, sino muertas.

—Ya se ha visto, señor escudero—replicó Sancho—, enterrar un desmayado, creyendo ser muerto, y parecíame a mí que estaba la reina Maguncia obligada a desmayarse antes que a morir; que con la vida muchas cosas se remedian, y no fué tan grande el disparate de la Infanta, que obligase a sentirse tanto.